

Homilia del Miercoles de Cenizas 17 de febrero 2021

El Vaticano nos ha dado medidas sobre la distribución de la ceniza durante este año en donde debemos tener cuidado de no respirar sobre la gente y de tocar a muchas personas, una tras otra.

Este año pronunciaré una sola vez sobre todas las palabras: “Recuerda que eres polvo y al polvo has de volver.” Lo haré como lo hago para una bendición.

A continuación, cuando te acerques, los que distribuimos la ceniza tomaremos en silencio un poquito la ceniza y la esparciremos sobre tu cabeza.

Esto no es a lo que estoy acostumbrado, pero ya una vez lo he experimentado. Fue cuando fui a Guadalajara, México a intentar aprender algo de español. Fue en el mes de enero y febrero, que fue cuando daba inicio la Cuaresma. Me pidieron que ayudara para el Miércoles de Ceniza, en la parroquia en la cual me hospedaba, y así fue como la gente recibió la ceniza.

Acaba de salir un artículo en el que los periodistas han investigado. Que tanto el dibujo de una cruz con ceniza en la frente, como la aspersión de ceniza en la parte superior de la cabeza es una práctica en todo el mundo. Pero ningún experto en liturgia con el que hablé conocía la historia de cómo se desarrollaron las dos formas diferentes.

Hay teorías, por supuesto. Una de ellas es que la gente rociaba, pero muchos de los países que fueron evangelizados por los misioneros irlandeses parecían trazarla en la frente. También está la práctica de poner las cenizas en la frente si la gente lleva velos o sombreros, o si es más difícil dar las cenizas a alguien significativamente más alto que uno mismo.

Pero normalmente uno de los dos métodos es acostumbrado en distintos países. La Iglesia permite este tipo de flexibilidad en la distribución de las cenizas.

==_==_==_==

Comparto con ustedes una lectura de una carta a los Corintios de San Clemente, que fue Papa desde el año ochenta y ocho (88) hasta el noventa y nueve (99). Esto significa que este escrito se remonta al siglo I, de nuestra fe.

==_==_==_==_==

Fijemos con atención nuestra mirada en la sangre de Cristo, y reconozcamos cuán preciosa ha sido a los ojos de Dios, su Padre, pues derramada por nuestra salvación, alcanzó la gracia de la penitencia para todo el mundo.

Recorramos todos los tiempos, y aprenderemos cómo el Señor, de generación en generación, *concedió un tiempo de penitencia* a los que deseaban convertirse a él. Noé predicó la penitencia, y los que lo escucharon se salvaron. Jonás anunció a los ninivitas la destrucción de su ciudad, y ellos, arrepentidos de sus pecados, pidieron perdón a Dios y, a fuerza de súplicas, alcanzaron la indulgencia, a pesar de no ser del pueblo elegido.

De la penitencia hablaron, inspirados por el Espíritu Santo, los que fueron ministros de la gracia de Dios. Y el mismo Señor de todas las cosas habló también, con juramento, de la penitencia diciendo: *Por mi vida -oráculo del Señor-, juro que no quiero la muerte del malvado, sino que cambie de conducta; y añade aquella hermosa sentencia: Cesad de obrar mal, casa de Israel. Di a los hijos de mi pueblo: Aunque vuestros pecados lleguen hasta el cielo, aunque sean como púrpura y rojos como escarlata, si os convertís a mí de todo corazón y decís: "Padre", os escucharé como a mi pueblo santo.*"

Queriendo, pues, el Señor que todos los que Él ama tengan parte en la penitencia, lo confirmó así con su omnipotente voluntad.

Obedezcamos, por tanto, a su magnífico y glorioso designio, e, implorando con súplicas su misericordia y benignidad, recurramos a su benevolencia y convirtámonos, dejadas a un lado las vanas obras, las contiendas y la envidia, que conduce a la muerte.

Seamos, pues, humildes, hermanos, y, deponiendo toda jactancia, ostentación e insensatez, y los arrebatos de la ira, cumplamos lo que está escrito, pues lo dice el Espíritu Santo: *No se gloríe el sabio de su sabiduría, no se gloríe el fuerte de su fortaleza, no se gloríe el rico de su riqueza; el que se gloríe, que gloríe en el Señor, para buscarle a El y practicar el derecho y la justicia; especialmente si tenemos presentes las palabras del Señor Jesús, aquellas que pronunció para enseñarnos la benignidad y la longanimidad.*

Dijo, en efecto: *Sed misericordiosos, y alcanzaréis misericordia; perdonad, y se os perdonará; como vosotros hagáis, así se os hará a vosotros; dad, y se os dará; no*

juzguéis, y no os juzgarán; como usareis la benignidad, así la usarán con vosotros; la medida que uséis la usarán con vosotros.

Que estos mandamientos y estos preceptos nos comuniquen firmeza para poder caminar, con toda humildad, en la obediencia a sus santos consejos. Pues dice la Escritura santa: *En ése pondré mis ojos: en el humilde y el abatido que se estremece ante mis palabras.*

Como quiera, pues, que hemos participado de tantos, tan grandes y tan ilustres hechos, emprendamos otra vez la carrera hacia la meta de paz que nos fue anunciada desde el principio y fijemos nuestra mirada en el Padre y Creador del universo, acogiéndonos a los magníficos y sobreabundantes dones y beneficios de su paz.